

En la tarde del mismo día, salía un correo para Cortés, notificándole todos los acontecimientos.

El plan de Gonzalo de Salazar salía perfectamente bien.

Parece inútil advertir que Sara é Inés tuvieron, al saber la noticia del escándalo, un positivo disgusto, y que Albornoz procuró no asistir aquella noche á la tertulia.

Estrada salió orgulloso, porque Diego de Zamora no fué nombrado alguacil.

Pero sobre todo, la armonía no volvió á restablecerse, á pesar de los esfuerzos del Lic. Zuazo.

Conoce el lector á un nuevo personaje, y con este motivo tiene noticia de algunos acontecimientos importantes.

**ENTRE** los colonos que atraídos por la fama de las riquezas fabulosas del imperio de Moctezuma, habían llegado á México, se encontraba un hombre que sin tener oficio ni profesion alguna, logró establecerse, merced á secretas industrias: llamábase el tal, Ginés de Saldaña, y era un morillo de Granada, tornadizo, que ya hombre había abrazado la religion de Jesucristo y sospechado por la Inquisicion, llegó á buscar á México suerte mas propicia.

Era Ginés un descreido, mas audaz que un halcon, mas astuto que un zorro, y mas ladron que una urraca; flaco de carnes, pequeño de cuerpo, y amarillo de color; tenia desde su nacimiento una pierna mas larga que otra, por lo que andaba de una manera bien extraña; sus dientes incisivos eran tan desproporcionados, que inútilmente procuraban cubrirse con los labios, y un bigote poco poblado

pero rígido como las cerdas de un jabalí, completaban aquel conjunto poco lisonjero.

Los mozos y las muchachas convinieron en llamar á Ginés «El grillo,» la gente toda aceptó el apodo, y el que en medio de sus defectos tenia un buen genio, admitió sin escrúpulo y agregó á su apellido el sobrenombre de Grillo.

La oculta y productiva industria de aquel hombre consistia, sobre todo, en su habilidad para poner de acuerdo las voluntades de los enamorados, y servir á los amantes de via de comunicacion, lo cual ejecutaba con mayor gracia; cuando mayores eran las dificultades; y á fé que estas valian cada vez mas, porque los padres y los hermanos que conocian á Ginés, cuidaban de incomunicar con él á sus familias; pero Ginés, en eso de amores, hubiera sido capaz de inventar el telégrafo eléctrico ó el ferrocarril.

Así se habilitaba de fondos, llegó á tener su clientela, y como buen comerciante, andaba á caza de esta clase de negocios; no necesitaba que le llamasen, él se ofrecia, y apenas observaba que un mancebo ó una doncella andaban tristes, cabizbajos y distraidos, llegaba en su auxilio, los consolaba y les abria el camino del porvenir.

El grillo era hombre de talento: á poco de estar en la colonia comprendió que habia muchos españoles que se enamoraban de las indias, y muchas indias que se apasionaban de los españoles, y que muchos de estos amores morian en su cuna, porque unos hablaban un idioma y otros otro, y no siempre encontraban un intérprete fiel.

Ginés, con el golpe de vista del genio, adivinó que en esto tenia una rica mina que explotar, y en poco tiempo aprendió el idioma de los mexicanos, con tanta perfeccion como si lo hubiera hablado desde niño.

Una noche el Grillo salió á pasear las calles, porque tenia esa costumbre, fundada en que de noche podia descubrir fácilmente á los galanes que rondaban y á las damas que esperaban; y ya muy cerca de la madrugada alcanzó á llegar cerca del palacio de Cortés.

La noche estaba serena, y á la incierta claridad de las estrellas, Ginés divisó un hombre parado frente al palacio, mirando al parecer á una de las ventanas.

El Grillo se detuvo á observar, y durante un largo rato se estuvo en acecho: ni las ventanas se abrieron, ni el hombre se movió.

Entonces emprendió su marcha, y pasó casi rozando al misterioso vigilante.

—Bueno!—dijo para sí el Grillo;—indio, al parecer rico, y enamorado; estos deben pagar muy bien un servicio; pero, ¿á quién espera, ó á quién ronda? quizá á alguna de esas gentiles que guarda Cortés en su palacio; si es así, me alegro; Cortés salió para las Hibueras, y el negocio me será mas fácil: observemos.

Pero en aquella noche nada sacó en limpio, volvió dos ó tres noches seguidas, y lo mismo, el hombre en espera, y las ventanas cerradas.

Entonces se fastidió, y quiso hablar al desconocido; avanzó hasta llegar cerca de él, una noche, y con el acento mas dulce que pudo encontrar, le dijo en idioma mexicano:

—Dios te de buena noche.

El indio le miró sin contestar, y entonces Ginés se detuvo.

—Te saludo, señor; contéstame.

El indio lanzó una especie de bufido, y quiso retirarse.

—Triste estás, señor,—dijo Ginés deteniéndole;—lar-

gas son tus noches en la soledad: yo quisiera consolar tu pena, pero no la conozco.

—Los gavilanes,—contestó el indio, mirándole con desconfianza,—no se interesan nunca por la suerte de las palomas; el cristiano no puede querer el consuelo de los esclavos.

—Te engañas, señor; no soy de los malos, ni mi corazón está cerrado á la compasión: si tu labio no tiene para mí la palabra de la confianza, culpa mia no es, porque nunca mal hice á los tuyos.

—¿Cómo sabré que tu palabra es la verdad?

—Oyeme: si mal te quisiera, mucho tiempo hace que te hubiera dañado, porque muchas noches hace que te he visto aquí; tú estás enamorado de una mujer que vive en la casa de Cortés.

El indio se estremeció, como si hubiera visto un puñal cerca de su pecho.

—¡Calla!—exclamó, tomando furioso de las manos al Grillo.

—Yo te puedo ayudar,—contestó el Grillo tranquilamente.

—Tú me traicionas.

—Yo te ayudaré.

—¿Y si me engañas?

—Págame bien, y no tendrás que temer.

—Comprendo,—dijo el indio calmándose repentinamente y como cobrando confianza;—los hijos del sol buscan el oro, y con el oro se compra su corazón y se consigue su cariño; oro tendrás, si me ayudas; la muerte, si me engañas: sígueme.

Echóse á caminar el indio, y echóse á seguirle el Grillo,

y se alejaron del palacio; y despues de andar un largo trecho, llamaron á las puertas de una casa.

—¿Quién vivirá aquí?—pensó Ginés.

La puerta se abrió en este momento, y apareció un viejo que mostraba en su rostro una ancha y larga cicatriz, que comenzando en su barba y atravesando casi todo su rostro, se perdía bajo su blanca y espesa cabellera.

Aquel hombre era un español de raza pura.

—No vienes solo, Tetzahuitl,—dijo el anciano en el idioma mexicano.

—He comprado á este hombre,—contestó Tetzahuitl con altivez, mostrando al Grillo.

Ginés entendía el idioma, y comprendió lo que el indio decía; pero acostumbrado á toda clase de humillaciones, no se contrajo uno solo de los músculos de su fisonomía.

El viejo frunció el entrecejo, y sus pardos ojos lanzaron un relámpago de desprecio al mirar al Grillo.

Cuando los recién venidos entraron, volvió á cerrarse la puerta.

—¿Te dejo con el hombre, Tetzahuitl, ó necesitas de mí para que interprete tus palabras? dijo el anciano.

—Entiende y habla nuestra lengua, Armenteros,—contestó el indio.

El viejo Armenteros volvió á mirar curiosamente al Grillo, y se retiró despues á una especie de alcoba que habia en el fondo del aposento.

Ginés y Tetzahuitl quedaron solos en aquella estancia, en la que no se descubrian mas muebles que una mala mesa rodeada de toscos taburetes, y por todo adorno un Cristo de madera sobre un baldoquin de damasco amarillo, en una de las paredes, y en otra, una armadura completa y

perfectamente limpia y bruñida, sobre la cual se reflejaba la luz de la torcida que alumbraba la escena, proyectando en el muro una sombra fantástica.

—Siéntate,—dijo el indio despues de un rato de silencio.

El Grillo obedeció, no sin haber registrado el aposento con la vista, curiosamente.

—Oyeme bien,—contestó Tetzahuitl sentándose á su vez.

—Te escucho señor,—contestó Ginés clavando en el indio sus ojos.

—Me has ofrecido tu ayuda en un negocio bien difícil; ¿lo oyes?

—Si la paga corresponde, no hay para mí dificultades.

—La mujer está muy alta.

—Aunque estuviera en el cielo.

—Conoces á las mujeres que viven en casa de Cortés?

—¿Indias?

—De mi raza.

—Sí.

—¿Recuerdas una á quien llaman los cristianos Doña Isabel?

—¿La mujer de Martin Dorantes?

—La que los cristianos entregaron á ese hombre.

—Pero esa es casada por la Iglesia.

—No sé lo que quieres decir; pero yo no veo en ella mas que la esclava de un español, y para nuestros dioses no tiene nada de comun con él.

Tetzahuitl miró al Grillo, que habia inclinado el rostro, y que movia la cabeza, como diciendo:—¿la cosa es grave!

—¿Qué dices?—preguntó Tetzahuitl.

—Que casi es imposible.....

—Imposible, seria para tí ver tanto oro como el que yo te daré, si me ayudas bien en este negocio; imposible, seria para tí vivir muchos dias, si no me ayudas despues de haberte hecho dueño de mi secreto;—contestó con acento ronco Tetzahuitl.

El Grillo, embriagado por la promesa del oro, ó aterrizado por la amenaza sombría de su interlocutor, alzó el rostro, y abriendo desmesuradamente los ojos y la boca, le miró como un hombre que recibe una gran sorpresa.

—¡Vamos!—dijo impaciente Tetzahuitl;—¿qué piensas?

—¿Cumplirás lo que me dices, señor?

—Lo prometo por el espíritu de mi padre, que murió á manos de los tuyos.

—Entonces, te ayudaré. Habla, señor.

—Escúchame: yo soy un príncipe, un caudillo en mi nacion, y entre los hombres de mi raza: tengo mucho oro y muchas piedras, de esas que vosotros estimais en tanto precio; amo á una mujer que tiene la sangre de los míos; tú la conoces; háblala en mi nombre, ó consigue que yo la hable.

—Y bien; ¿cuándo y cómo me pagarás, señor, y cuánto?

—Si logras alcanzar de esa mujer que me hable, que me escuche siquiera al través de las rejas de su ventana, te daré tanto polvo de oro cuanto pueda caber en el casco de uno de los guerreros de tu sangre.

El Grillo, sin contestar, se levantó de su asiento, tomó un taburete, le llevó cerca de la armadura que en la estancia habia, paróse sobre él, y quitó de la armadura el casco que la coronaba.

Despues se acercó con él á la luz, y le examinó detenidamente, como calculando la cantidad de polvo de oro que podia contener.

Tetzahuitl le dejaba hacer, mirándole de cuando en cuando con una completa indiferencia.

Por fin, despues de un largo y detenido exámen, Ginés bajó el casco, levantó el rostro, y mirando á Tetzahuitl, dijo con voz firme.

—Convenidos.

—¿Y qué plazo pides para cumplir?

El Grillo cerró los ojos, como para meditar mejor, reconcentrándose; el indio le contemplaba entonces con ansiedad.

—Tres dias,—dijo el Grillo.

—¡Tres dias!—exclamó Tetzahuitl.

—Sí, tres dias; pero es preciso que hagas cuanto yo te diga en esos tres dias.

—Lo haré,—contestó Tetzahuitl con resolucion.

—Bien; entonces, no faltes ninguna noche delante de las ventanas de D<sup>a</sup> Isabel, desde que el sol se oculte hasta que vuelva la luz.

—Nunca hubiera faltado.

—Dentro del tercer dia, allí te buscaré.

—Te esperaré allí.

—Ahora necesito una prenda tuya para llevar á D<sup>a</sup> Isabel, para probarle que voy en tu nombre. ¿Ella te conoce?

—Me conoce y ha oido hablar de mí.

—La prenda.

—Tómala,—dijo Tetzahuitl dándole al Grillo un soberbio y rico brazalete de oro, que desprendió de uno de sus brazos.

—¿Conoce ella esta prenda?—dijo Ginés tomando el brazalete, y examinándole con curiosidad.

—Si la prenda no la conoce, conoce bien el emblema que en ella está labrado; mírale bien.

—Una águila,—contestó Ginés mirando el brazalete, —una águila que vuela, y una flecha que cae sin tocarla.

—Mi emblema: tan altó vuela el águila, que no le alcanzan los tiros del cazador.

—Mucho orgullo.

—No te la entrego para que califiques mis pasiones.

Ginés calló, y comprendió que Tetzahuitl tenia razon.

Poco despues, el Grillo salia solo; y si hubiera habido luz en la calle, se le hubiera podido ver reir de satisfaccion. Se soñaba rico como un príncipe.